

le así el papel
 al ob elial
 insinua
 que bien descrita la "Inspiración" repentina.

La aurora le cogió: del lecho fuera
 Despechado saltó; vistióse luego,
 Y á la calle salió calma buscando
 En la frondosidad de la pradera,
 Y en el ambiente perfumado y blando
 Que deja tras de sí la primavera.
 Pálido, distraído,
 Sin objeto ni término cruzaba
 Las calles y las plazas, absorvido
 En la idea fatal que le acosaba.
 Bajó del Espolón á las moreras,
 Y mil veces cruzó desatinado
 Del uno al otro lado,
 Hasta que del Pisuerga en las riberas
 Se tendió fatigado
 Callado, melancólico y sombrío,
 Distracción no encontrando ni consuelo
 En las ondas monótonas del río,
 Tornó los ojos suspirando al cielo.
 Y en el diáfano azul que el sol de oriente
 Bañaba en resplandor, buscaba en vano
 Un rayo que á su mente
 Inspirara un impulso soberano.
 Y así por largo trecho
 Contempló vagamente,
 Al son de los latidos de su pecho
 Las nubes, que extendiendo lentamente
 Sus contornos formados de vapores,
 Pasaban impelidas por el viento,
 Cambiando de contornos y colores
 Y manchando el azul del firmamento.
 Y en tanto así que en la inacción yacía
 Pasaba el tiempo y avanzaba el día.
 Mas he aquí que instigado
 Por feliz pensamiento repentino
 Se levantó agitado:
 Y blandiendo la vara con que muestra
 La noble autoridad de su destino,
 A manera de espada,
 Cual á un ser invisible acometiendo,
 Marcó lanzando un grito una estocada
 En el aire, soltó una careajada,
 Y echó de la ciudad por el camino
 De este modo diciendo:
 "Déjeme Dios de su divina mano
 Si no cae en la red ese villano."

Tornó á su casa; entróse en su aposento,
 Y el ropon y la vara abandonando
 Hizo que le sirvieran al momento
 Traje comun, que sin insignia alguna
 De autoridad ni mando
 Sobre él no fuera la atención llamando.
 Cíniose á la cintura
 Largo y templado estoque toledano,
 Y cambiando del todo su figura
 Tornándose de juez en cortesano,
 Con gentil apostura
 Y sereno semblante,
 Hacia la casa de don Juan tomando
 Las calles adelante
 Llegó á su puerta, y recibiólo en ella,
 Do se hallaba don Juan se entró arrogante.

DON JUAN.

¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

OSORIO.

Soy yo, señor don Juan, y en dos palabras
 Vais á entenderlo todo.
 Anteanoche German murió en la calle,
 Y á mí se me ha metido en la cabeza
 Que nadie mas que vos pudo matarle;
 No hay prueba que atestigüe
 Del hecho la certeza,
 Ni hay modo de que nada se averigüe.
 Mas como quier que sea,
 Y en vista de que el reo no parece
 Tanto mi duelo y mi coraje crece,
 Que yo os vengo á sacar á la pelea.

DON JUAN.

Señor juez.

OSORIO.

Señor mío,
 Yo tambien soy Osorio; y el postrero
 De vuestra raza vos, yo de la mia,
 El uno contra el otro en este día
 Nuestro odio y nuestro brío
 Mostrando, uno de entrambos de la vida
 Es preciso don Juan que se despida.
 Con que así sutilezas apartemos
 E inútiles escusas,
 Y salgamos al campo y acabemos.
 Mozo sois y valiente;
 Y aunque empieza el cabello
 Un poco á encanecer sobre mi frente,
 No ha perdido por ello
 Mi corazon y brazo la firmeza
 Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

DON JUAN.

Miradlo, señor juez, maduramente,
 Vos sois quien viene á provocarme al duelo,
 Y yo porque ninguno torpemente
 Sospeche acaso que me dais recelo,
 Y porque sois el agresor, el trance
 Admito solamente.

OSORIO.

Bueno está: protestad lo que quisiéreis,
 Que yo por satisfecho
 Del todo me daré, como os batiéreis,
 Y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

DON JUAN.

Ved que os repito, Osorio...

OSORIO.

Concluyamos:
 Si no admitís el duelo no os estrañe
 Que do quier que os encuentre
 A cuchilladas por cobarde os entre.

DON JUAN.

Vive Dios!

OSORIO.

Así os quiero.

DON JUAN.

Vamos.

OSORIO.

Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
 Que primero encontraron por padrino,
 Con largo paso y continente fiero
 Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,
 Y á sombra de las paredes
 De su cerca están con brío
 Osorio y don Juan batiéndose.
 Es hombre el juez de buen brazo,
 Y grande experiencia tiene
 De las armas, y aunque diestro
 Es don Juan, recio y valiente,
 El juez le busca las vueltas
 Tan sagaz, y le acomete
 Con tal prisa, que don Juan
 Con trabajo se defiende.
 El padrino que contempla
 En silencio el duelo, teme
 Por el mozo, aunque tal vez
 Ve en Osorio que no quiere
 Quitar á don Juan la vida
 Que ha podido ya dos veces.
 Con vigor se baten ambos,
 Mas don Juan terreno pierde,
 De tal modo que la espalda
 Casi junto al muro tiene.
 En aquel trecho del muro
 Se abria precisamente
 Un postiguito escusado
 Del huerto perteneciente
 A los padres capuchinos:
 Y allí es á lo que parece
 Donde Osorio á su contrario
 Quiso llevar diestramente.

El padrino que á don Juan
 Vió cerca de los dinteles
 Del postigo, á tropezar
 Próximo si no lo advierte,
 Y á caer por un percance
 Del terreno, fué á ponerse
 De aquel lado porque entrambos
 A terreno igual viniesen.
 Mas en el instante mismo
 En que él empezó á moverse,
 Y hacia el lado de don Juan
 Ganó la vuelta, con fuerte
 Voz exclamó el diestro juez:
 "No le asesines, detente!"
 A esta voz volvió don Juan
 Por la derecha, y metiéndole
 El juez su espada de pronto
 Por el costado al volverse,
 Dijo: "esta fué la estocada
 "Que á don German dió la muerte,
 "Y tal se la disteis solo
 "Aunque hecha entre dos parece."
 Don Juan al oír al juez
 Este hablar tan de repente,

Y la espada por su taza
 Asegurada sintiéndose,
 Palideció, y sin aliento
 Quedó del de Osorio enfrente.
 Quiso mediar el padrino
 Que nada de esto comprende,
 Dando por vil el combate
 Y acabado malamente;
 Mas envainando su estoque
 El alcalde, é imponiéndole
 Silencio, dijo al mancebo:
 "Don Juan, la vida debeisme,
 Pues si hago encarnar mi espada
 Por ahí os entra la muerte;
 Mas solo quise marcaros,
 Don Juan, y poner patente
 Que esa estocada es la vuestra
 Negadlo ya si pudiéreis."
 Y de esta manera Osorio
 Con firme ademán diciéndole
 Dándoles á ambos la espalda
 Se alejó de ellos riéndose.

CONCLUSION.

EL REY.

Osorio, no os canseis: será posible
 Como vos lo decís, mas no indudable
 Cual la ley lo requiere:
 Y me habeis de encontrar inexorable

OSORIO.

Sea, señor, pero de vos apelo...

EL REY.

¿De mí? ¿y á quién?

OSORIO.

Al tribunal del cielo.
 Hay un Dios, cuya ciencia es infinita:
 Cuya suma justicia es infalible;
 Cuyo castigo el mas sagaz no evita
 Y que al justo protege
 Y ante cuyo poder fuerza es que ceje
 El humano poder, y en quien confío
 Que si aquí la razon está en mi abono
 La declare por fin en favor mio.

EL REY.

Mas yo no alcanzo...

OSORIO.

Si don Juan me jura
 Sobre los sacrosantos Evangelios,
 Y al lado de la abierta sepultura
 De mi sobrino don German de Osorio,
 Que no tuvo en su muerte parte alguna,
 Y evoca su cadáver por testigo
 En el nombre de Dios, doy por notorio
 Que es inocente, y sobre mí tan solo
 Como calumniador caiga el castigo.

EL REY.

Sea como decís: mas vive el cielo

Que si jura Don Juan, como os lo digo,
Que moris en vez suya,
Sin que atienda en tal caso mi justicia
Razon alguna que por vos arguya!

OSORIO.

Acepto la partida,
Señor: mas creo en Dios sinceramente,
Y si Dios me abandona claramente
Perderé, no la fé, mas si la vida.
Porque os juro, señor, que si llegara
A faltarme esta fé solo un momento,
Por no caer en la duda me matara.

EL REY.

Pues aporntad lo que haga á vuestro intento
Para que preste ese hombre juramento:
Mas sin con prueba tal no da aun certeza
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales

Despidió el rey Felipe al juez Osorio:
Y del juicio de Dios fallo inconcuso
A aquel sangriento caso apeteciendo
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche
Tendió su manto de sombra
Por las animadas calles
De la ciudad bulliciosa,
Cuando de un gótico templo
En una capilla lóbrega
Lentamente se reunian
Hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
Vestido cual la católica
Iglesia requiere en sus
Sacrosantas ceremonias,
Estaba junto á un sepulcro
Sentado en una poltrona,
Y á su izquierda el juez Osorio
Con su golilla y su toga.
Don Juan estaba tambien
Allí, apartado en la sombra
De un ángulo, con altiva
Espresion irreligiosa.
Los demas eran dos pajes
Del obispo, y las muy doctas
Personas de dos canónigos,
Y curas de la parroquia.
Pasaron breves momentos
De quietud tan silenciosa
Entre aquellos personajes,
Y el reloj marcó la hora.
De las siete de la noche:
En cuyo punto con torva
Faz entró el rey Don Felipe
En la capilla. Con honda
Reverencia saludáronle
Todos, y todos con corta
Inclinacion de cabeza
Contestando: ¿están ya todas
Las cosas dispuestas? (dijo),
Y á un sé de la voz sonora

Del obispo, replicó
El rey: manos á la obra.
Con la régia dignidad
Que resalta en su persona,
Marcó á cada cual el sitio,
Y obligacion que le toca,
Púsose el obispo en pié;
Alzaron la suelta losa
Del sepulcro que hay en medio
De aquella capilla gótica;
Y descubierto el cadáver
De Don German, por las hojas
De los santos Evangelios
Abriendo un misal, y antorchas
Aprosimando á sus páginas,
Con tono que no denota
Ira ni piedad, el Rey
Dijo á Don Juan:—“Hoy evoca
“Don Miguel de Osorio el alma
“De este mozo, á quien traidora
“Mano mató, en contra vuestra,
“Porque accion tan alevosa
“Os atribuye: y del cielo
“La justicia protectora,
“Porque muestre si culpado
“Estais ó inocente, invoca.
“Si con una mano puesta
“En las sacrosantas hojas
“De estos santos Evangelios,
“Y en el cadáver la otra,
“Jurais que no fueron ellas
“De su asesinato autoras,
“Y no hay antes un testigo
“Que declare en vuestra contra,
“Quiere Don Miguel de Osorio
“Que recaiga en su persona
“El castigo que las leyes,
“Por calumniador le impongan.
“Jurad, pues, señor Don Juan:
“Y de los cielos la cólera
“Invocad contra el culpable
“Que en el misterio se emboza,
“Y el testimonio del cielo,
“Para quien oculta cosa
“No hay en la tierra, que el velo
“De su misterio descorra.”—
Dijo el rey, y dió Don Juan
Un paso adelante, pronta
Obediencia al rey mostrando
Y la serenidad propia
De quien inocente está:
Tendió una mano á las hojas
Del santo libro, espresion
Dando á su rostro diabólica,
Y estendiendo lentamente
Hácia el cadáver la otra,
Para hablar tomaba aliento,
Cuando recias, secas, cóncavas,
Dos aldabadas se oyeron,
Que una mano vigorosa
Dió en la puerta de la iglesia;
Cuyas aldabadas roncadas
Ahogaron de las palabras

Los sonidos en su boca.
Por un instantáneo impulso
De una universal zozobra
Interior, quedaron todos
Inmóviles, con recóndita
Pavura esperando ver
Quien llega así á tales horas.
Un paje del rey á poco
Entró con respetuosa
Atencion, yéndose al rey
Y anunciando la persona
De un embozado, que dice
Que allí su presencia importa
Por testigo de la muerte
De don Juan. Quedóse atónita
La gente con tal anuncio,
Y una sonrisa sardónica
Contrajo los labios pálidos
De don Juan, como quien honda
Conviccion tiene de que es
Imposible que deponga
Nadie en esto con verdad,
Por ser aquesta una historia,
Como enredada improbable,
Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla
Un sombrío embozado,
Dijo al rey don Felipe de Castilla
Al ataud de don German llegado:
“Yo fui el solo testigo
De la muerte de este hombre,
Y que es don Juan el asesino digo:
Puesto que él no osará de Dios en nombre
Lo contrario jurar aquí conmigo.”
Dijo así el embozado:
Y el son ignoto que su voz produjo
En el pecho espantado
De cuantos allí estaban, desusado
Favor hondo introdujo.
El anciano prelado
De agitacion recóndita movido,
Preguntó con acento decidido
A don Juan, que aterrado

Contemplaba al incógnito embozado:
¿Jurais ó no? . . . y don Juan en un acceso
De satánico orgullo y osadía,
Tal vez de confianza con exceso,
Sobre el sagrado libro del cristiano
Tendió la abierta mano:
Pero posada apenas la tenia
Sobre aquella evangélica Escritura,
Cuando la mano descarnada y fria
Cuanto inflexible y dura,
Del embozado incógnito sobre ella
De repente cayendo,
Y apartando el embozo,
Hizo ecshalar al libertino mozo
Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
Cayó ante aquel incógnito de hinojos
El misero don Juan: y en el testigo
Misterioso y potente
Claváronse á la par todos los ojos,
Y á todos el misterio fué patente.
Aquella en que se vuelve larga capa
No un ser humano tapa:
Cubre solo de bronce una figura,
Emboza solamente una escultura.
Inmóviles, absortos, sin aliento
Mostrando en los semblantes su pavura
Quedaron los presentes un momento
Presa todos de un mismo pensamiento.
Y entonces aquel sér á quien divino
Aliento y ser anima,
Así exclamó con sobrehumano acento:
“Jamás se invoca en vano
El favor de los cielos soberano:
En una calle á mi mansion contigua
Murió German: testigo del villano
Crímen fui yo: mas véngale mi mano;
Yo soy el Crucifijo de la Antigua.”

Quedó muerto don Juan: de la capilla
Despareció en un punto la escultura,
Y movido de la alta maravilla
El juez Osorio, abandonó á Castilla
Y murió de un convento en la clausura.